

## SERMON

### DEL SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA.\*

*(Puede predicarse en un septenario ó novenario de María, con preparación del asunto y su resumen, en los días 1.º y último.)*

*Mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo.*

Su Madre (María) conservaba en su corazón todas estas palabras.

(Luc., c. II, v. 51.)

No voy precisamente en esta ocasión á formar el panegírico del Purísimo é Inmaculado Corazón de la Madre de Dios, basándolo en el origen y culto actual de esta dulcísima y singular devoción de las almas amantes de María: no voy á presentar, por lo tanto, á la vista de vuestra ilustrada y reconocida piedad, el inmenso cuadro de los favores obtenidos por su intercesión en la magnífica y provechosa obra, conocida con el nombre de Archicofradía del Purísimo Corazón de María para la conversión de los pecadores, tan extendida en el mundo católico, y en nuestra querida patria, en los últimos tiempos; quiero únicamente, y con la reverencia y el amor debi-

\* Este Sermón fué aplicado por el autor, al ejercicio del Sagrado Corazón de María en la forma que esta devoción se practica en Madrid y en Valladolid, en el último día del solemne novenario de la archicofradía de las Cuarenta Horas.

dos á Corazón tan santo y tan amable, penetrar en su seno y averiguar.... pero ¿qué estoy diciendo? ¿penetrar en el Corazón de María, yo, pobre y miserable pecador, cuando la Santa Escritura es tan admirablemente lacónica respecto de ese interior glorioso de la Hija del Rey; cuando el Evangelio apenas nos dice nada de esa gran figura de la Redención; cuando el corazón, aun humanamente hablando, es un arca cerrada, un misterioso profundo arcano, que sólo puede sondearse un tanto, por la palabra y la acción ó el gesto, suponiendo buena fe en esas manifestaciones exteriores? Los SS. PP. podrán ayudar mi difícil atrevida empresa: veamos.

Espiraba el siglo XIV y comenzaba á alborear ya el XV, arrastrando en pos de sí los errores, y aun las profundas perturbaciones del orden material que su antecesor le había legado, con la vanguardia del protestantismo, representada por *Wicief, Juan Huss y Jerónimo de Praga*, cuando un santo religioso, que vestía el humilde sayal del Patriarca de Asís, viva protesta, en el seno de la Iglesia Católica, de la devoción á María, y de la primitiva y continuada defensa de su pureza virginal, y del verdadero espíritu de pobreza, adulterado por los *Fratricelos* y los llamados *Pobres de León* por aquellas épocas, recorría las ciudades, los pueblos y las aldeas de la bella Península italiana, ensangrentada por las disensiones de los Güelfos y Gibelinos, predicando la paz, que es el ideal de Dios, frente á la guerra, que es el ideal del ángel de las tinieblas, según la misma etimología del nombre *Satán*, que significa odio y aborrecimiento: predicaba con elocuencia y buen resultado, porque debía sus excelentes cualidades físicas de infatigable orador, no precisamente á la naturaleza, sino al milagro, y al milagro operado por la intercesión de María, de quien era devotísimo hijo y panegirista incesante: de pobre y enronquecida voz, pero de ardiente corazón y celo por la gloria de Dios y extensión de su palabra divina, había pedido, confiado, y había obtenido prontamente, de la que tiene Corazón de Madre, aun para las menores súplicas y necesidades de sus

hijos, la fuerza y claridad de la frase y la entonación armónica del acento; y agradecido á tan singular visible prodigio, que aumentaba, según su deseo, el fruto y el resultado de su misión providencial, en aquel territorio y en aquella época, recreaba sus escasos ocios escribiendo para la Madre de Dios, no muchas, en verdad, pero admirables, y acaso poco conocidas obras, en que, á vuelta de los arranques de su amor y de los entusiasmos de su piedad, nos presenta á María bajo especiales, nuevas, desconocidas bellísimas fases.

Una de éstas es, ciertamente, la que titula de *Septem flammis in Corde B. M. V.*, de las *Siete llamas del Corazón de María*, que reproduce, en parte, en su admirable Sermón del Misterio de la Visitación de la misma Señora, y de cuyos admirables documentos voy á formar el plan de mi discurso del Corazón Purísimo de María en estos instantes.

El Santo Padre, enamorado y agradecido de María, trata de penetrar, como yo trataba de hacerlo, en el seno de ese Corazón inmaculado y virgen, del que brotó la preciosa gota de sangre que formó el adorable y sagrado del Salvador, en el feliz momento de la Encarnación del Divino Verbo: y protestando, como yo, de la dificultad suprema de su amante, pero atrevida empresa, apellidándose, en su profunda probada humildad *hombrecillo*, viene á intentar su magnífico ensayo, apoyado cabalmente en la idea que ya arriba dejo emitida: porque así, continúa San Bernardino de Sena (justo es ya que os revele su nombre), así como de una vasija llena de excelente licor, sólo puede brotar exquisita fragancia, y de una hoguera colosal, llamas deslumbradoras, así del Corazón de María, sólo pueden escaparse palabras maravillosas, sublimes, de amor y de fuego; y tomándolas inmediatamente de la narración evangélica, nos descubre, en lo posible, el *interior de la Hija del Rey*, su Corazón inmaculado, por la hermosura de las frases que ella pronuncia durante la vida.

He aquí todo mi plan, que es el de San Bernardino de Sena: considerar esas palabras, comentarlas con el Santo Pa-

dre, y deducir por ellas la grandeza y hermosura de ese *Corazón Sagrado*.

Una palabra no más ahora, á los pies de la Madre de Dios, de hinojos ante su Corazón Santísimo, á cambio, y en demanda de protección, al emprender la esplanación de los favores del suyo, según el Santo Evangelio: palabra salida de los labios de un Angel, al suplicarla albergue y vida en ese Corazón para el Hijo de Dios hecho carne, muy luego, en sus castas entrañas.

AVE MARÍA.

Siete son las ocasiones en las que, según el Santo Evangelio, habló la Madre de Dios, ó al menos, sólo menciona esas, y no más, la palabra de Dios escrita, y sobre cuyo número septenario y altamente significativo, fija el plan de su discurso San Bernardino de Sena, apellidándolas palabras de amor, en general; pero además, señalando á cada una, según la ocasión y motivo con que brotaron del Corazón Purísimo é Inmaculado de María, una clase y denominación de amor especial, que iré anunciando sucesivamente, al ocuparme, por el orden que lo hace el Santo Padre, de dichas inefables palabras, únicas que nos ha conservado la Santa Letra, entre tantas que, salidas de los augustos labios del Salvador del mundo, conservaba en rico tesoro y depósito la Virgen en su Corazón, según las frases de mi texto.

En el momento dichoso de la Encarnación del Verbo; cuando turbada por la presencia de Gabriel en su virginal morada, y más que todo, por las razones sublimes y misteriosas con que trataba de tranquilizarla el celestial mensajero, los labios benditos de la Hija de David se abrieron, como los capullos de la rosa á los rayos del sol y al rocío de la mañana, para defender, ante todo, su pureza, y preferirla, en noble y vigorosa protesta, aun á las mismas grandezas inefables y divinas que se le ofrecían por boca del Angel: *¿Cómo se hará*

*todo eso, porque yo no conozco varón?* fueron las palabras primeras de la hermosa y casta doncella de Nazareth, que San Bernardino de Sena, su admirador entusiasta y privilegiado, llama, y con sumo acierto en verdad, palabras *de amor separante*.

De amor separante, sí, hermanos queridos: ya acabo de hacerlo notar: era el grito de la cierva herida en la parte más delicada de su ser y de su Corazón: que ese Corazón, ante todo, era y debía ser siempre virgen; y al sólo anuncio, ó sospecha, ó intento, ó conato de separación de esa valiosa joya que le adornaba, ese Corazón que había renunciado, desde que comenzó á latir dulcemente en el pecho, á todas las grandezas santas de la maternidad, aumentadas hasta lo infinito en el pueblo escogido, por la esperanza del Mesías, esperanza de las gentes, y disputado entre sus generaciones: ese Corazón que sabía aguantar impasible, por amor á la virginidad, el oprobio de las antiguas Anas y de las novísimas Isabeles, se sublevaba santamente ante la idea de adquirir toda esa gloria que se presentaba ante sus ojos, á costa de la falta á su juramento y á su promesa, que era además la de su voluntad decidida y la de su encanto predilecto, y la de su vida y su existencia, y su amor: por eso su amor rechazaba enérgicamente todo, hasta la infinita grandeza de la maternidad divina, separándose de todo, en el cielo y en la tierra, para vivir casta y pura, aunque ignorada y hasta menospreciada, que la primera cualidad del amor verdadero es la abstracción y separación de todo lo que no es el objeto amado, como la del fuego es separar ó consumir la humedad del leño para introducirse mejor en sus fibras: amor *separante* también, señores, porque en esta palabra comienza á realizarse la separación y elección hecha de María por el Altísimo desde los días de la eternidad, del resto de las criaturas, para destinarla á su obra predilecta, á *Ella* sola, que en frase de San Metodios, era la obra de todos los siglos.

No hemos concluído aún: todavía no nos es dado salir del aposento sagrado en que tuvo lugar la inefable unión de las dos naturalezas en la divina persona del Verbo: tenemos que

escuchar otras frases solemnes, definitivas, consoladoras, dulcísimas, que brotaron, las segundas, del seno de ese Corazón Inmaculado, y que San Bernardino llama palabras de *amor transformante*, porque la segunda propiedad, á su vez, del amor puro y sincero, es transformar al amante en el objeto amado, dice San Bernardino, muy oportunamente: á la manera que la acción del fuego enrojece los cuerpos, y los sella y marca con su propia luz y resplandor; por lo que también dice el Santo Padre, se llama este amor unitivo, porque une, y como que funde perfectamente ambos corazones.

*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra;* y ante la grandeza de este *fiat*, que alegró, en frase de otro Santo Padre, á Dios y al hombre, al cielo y á la tierra, al mundo de la naturaleza y al de la gracia, que tuvo en suspenso durante algunos instantes, añadiré con un sabio y piadoso ascético, á la Trinidad augusta, á los coros angélicos, á los justos del Limbo y á la humanidad entera en la tierra, San Bernardino de Sena se entusiasma; y penetrando por él y con él en ese Corazón puro é inmaculado, descorre, ayudado sin duda por la mano invisible y poderosa de María, la cortina misteriosa de ese *Sancta Sanctorum*, de esa Madre mística de la Alianza nueva, de ese propiciatorio del pacto postrero, dejando ver cuatro bases, cuatro columnas sobre las que se sustenta el lecho del Salomón eterno, cuyo reclinatorio es de oro, cuya escala es de púrpura, cuyo asiento es todo castidad, en frase de la Santa Escritura: la obediencia, la humildad, el deseo ó consentimiento de la voluntad y la fe; y se abraza con cada una de estas cuatro columnas, mejor que Sansón con las del templo de Gaza, y las examina y las conmueve, y las pulveriza con la fuerza de su amor y los incendios de su entusiasmo: yo no puedo hacerlo aquí, porque no lo consienten los estrechos límites de mi discurso; pero leed, os lo ruego, leed esa palabra, en las inspiradas obras del pacificador de la Italia del siglo XV, y admiraréis su ciencia inspirada, y su amor descendido de lo alto, al hablar de este *amor transformante*,

que confirma con la misma frase amorosa y sublime con que lo está probando.

El bien es por su naturaleza difusivo: y como María lo albergaba ya hasta físicamente en su seno, y se había desprendido la sangre de su Corazón para darle la forma decretada en los altísimos é inescrutables divinos consejos, ya no extrañaréis, mis hermanos, que la tercera palabra que, según el Evangelio, pronunció María en la salutación á su prima Santa Isabel, y que San Bernardino indica, pudo ser ésta: *Cristo sea contigo*, sea palabra de amor que se comunica, *amoris communicantis*, dice el Santo Padre: que además de la difusión esencial del bien, no podía caber, en el Corazón amante de la Mujer entre todas bendita, reservarse para sí, avara y egoísta, ese bien que venía para todo el género humano; y como la de la evangélica parábola, que encuentra la perdida dracma, y convoca á las vecinas y á las amigas todas para decirlas, en los trasportes de su alegría y de su entusiasmo: *Alegraos conmigo, porque he encontrado ya mi valiosa alhaja, mi perdido tesoro*, así María, levantándose de prisa, dice el Santo Evangelio, sube á la montaña, entra en la casa de Zacarías, y saluda á Isabel para anunciarla lo que á su vez le había sido revelado por el ángel, respecto de sí y de la dichosa Madre del Redentor: que no conoce tardanza ni pereza la gracia del Espíritu de Dios, ha dicho muy bellamente San Ambrosio, ocupándose de esta inefable escena y augusto Misterio.

Pero no podemos detenernos; tenemos que renunciar á seguir en esta palabra también á San Bernardino de Sena, que se siente tocado del amor del Corazón de María, como la esposa de Zacarías, y como el Bautista salta, encerrado en su carne mortal, porque quiere renacer para el cielo, y como Isabel pronuncia frases oportunísimas, sublimes, inspiradas, para contestar al saludo de la Madre de Dios, y agradecerla en su profunda humildad, los favores que sin cesar le está dispensando: es preciso venir á la cuarta emisión de frases de ese Corazón inmaculado; es forzoso venir al *Magnificat*.

Casi me arrepiento, hermanos míos, del giro que vengo dando á mi pobre oración en estos momentos; que yo contaba con palabras, y me encuentro con cánticos; pero con cánticos profundamente divinos y por todo extremo admirables; que sólo San Bernardino, escribiendo mucho y bien, pudo decir algo de este inspirado Salmo de la Hija del Profeta Rey, para cuya explanación, siquiera breve é imperfecta, de cada uno de sus versos, necesitara yo un discurso, cuando no una serie de conferencias.

¡El *Magnificat!* no cuarta palabra, sino cuarto Misterio, cuarta ocasión en que habló María, cuarto torrente que brota de ese Corazón de pureza y de dulzura, como el que viera un Profeta brotar de la puerta oriental del Templo: *Ulama de amor gozoso, flamma amoris jubilantis*, que la apellida el Senense.

¿Podré yo sintetizar en pocas y pobres palabras este amor, estas frases, este cántico? Voy á intentarlo, siempre apoyado en ese Santo Padre, tan admirable en sondear los secretos del Corazón de María.

De tres maneras, ese Corazón humilde y amante, glorifica y da gracias á Dios por los beneficios que de Él ha recibido, engrandeciéndola, regocijándose, mencionando algunos, como por vía de ejemplo: y en esta triple división y enumeración, el orador favorecido tan especialmente por María, se coloca, ciertamente, y como ahora se dice, á la altura de su reputación, superando las esperanzas del lector piadoso y entusiasta de sus escritos: *Mi alma engrandece al Señor*, es la epopeya más sublime del reconocimiento y gratitud de ese Corazón dulcísimo: *Mi espíritu saltó de gozo en Dios mi Salvador*, la síntesis más perfecta del regocijo del mismo, del amor, de la alegría espiritual que lo inundaba en aquellos felices momentos; y el resto de los versos del cántico, dirigidos á presentar algunos de esos beneficios recibidos por ese agradecido Corazón, ante los corazones de los hombres, es la obra más acabada de ese amor de regocijo, que San Bernardino se propone demos-